NICOLAS MARISCAL

EL DESARROLLO DE LA ARQUITECTURA EN MEJICO

MEXICO, 1901





EL DESARROLLO

DE

LA ARQUITECTURA EN MÉJICO

POR

NICOLÁS MARISCAL

MÉJICO

—

1901

EL DESARROLLO

DE

LA ARQUITECTURA EN MÉXICO

DISCURSO

Leído en la 5ª sesión del Concurso Científico Nacional de 1900
la noche del 15 de Noviembre,
bajo la presidencia del Instituto Bibliográfico Mejicano.

POR

NICOLÁS MARISCAL

Arquitecto.
Miembro de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos
y Director de la Revista de Bellas Artes
é Ingeniería
"EL ARTE Y LA CIENCIA"

MÉJICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1901

Á mi distinguido amigo
el S. Arquitecto Evaristo Bolaños

Alfonso Castelló

Mexico 2 de septbre 1902

Al jurisconsulto poeta

SR. LIC. DON JOAQUÍN D. CASASÚS

En homenaje de admiración, gratitud y afecto.

Señor Presidente: *

Señoras: Señores:

CÚPOME el honor de representar á una de las Sociedades Científicas más distinguidas de nuestro país, la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, para venir á hablar en medio de un auditorio tan respetable acerca de la Arquitectura Mejicana. Y ciertamente que ha sido el honor doble, pues á más de la representación, hay la circunstancia particular de que nunca se ha tratado en conferencia pública, ni de las bellezas, ni de la depravación del gusto en materias arquitectónicas.

No olvidaré en mi disertación por un solo momento los altos méritos de los representantes del laborioso y patriótico Instituto Bibliográfico y de las otras asociaciones aquí reunidas; mucho menos desaparecerán de mi memoria los preclaros timbres de los arquitectos que pudieran dar glo-

* El Sr. Lic. D. Joaquín Baranda, Secretario de Justicia é Instrucción Pública.

ria á Méjico ocupando el puesto que actualmente ocupo, por obra de la indulgencia que casi siempre acompaña á los que tienen iluminado el espíritu con la luz del saber. ¡Qué diera por traer conmigo á lo menos esa experiencia de las venerables canas, que no han podido suplir el estudio y el amor que el asunto me inspira!

Sabed, pues, que no vais á escuchar una conferencia, sino ligero apunte de nociones que maduraré más tarde si me asiste bondadoso consejo; ¡ojalá—y esto sería el colmo de mi ambición—que ellas no sean inútiles á quien en lo futuro haya de discurrir sobre el propio tema para hacer la historia del arte en Méjico!

He dividido mi ensayo en tres partes: la primera comprende ideas muy generales acerca del Arte y en particular de la Arquitectura; la segunda expone cómo ha sido tratada la Arquitectura por los principales artistas que han florecido en Méjico, é indica la tercera los medios propios para vivificar el arte nacional.

I

El hombre siente la imperiosa necesidad de expresar sus ideas y sentimientos mediante algo que produzca en el alma una emoción placentera. La Naturaleza misma no se limita á realizar sus propias leyes pura y simplemente llenando un

determinado fin, sino que hace intervenir en cada caso un elemento extraño al acto ó fenómeno realizado y cuyo único destino es agradar, deleitar: cumple así el sol su papel astronómico y biológico, y la atmósfera y el mar se hacen á su vez otros tantos árbitros de la vida orgánica, en medio de los espectáculos más sublimes que arroban, extasían al ser humano y le hacen prorrumpir en inspirados cantos.

Más ardiente que el sol por su inteligencia, más profundo que el mar por su sensibilidad y más rico en fantásticos colores que los crepúsculos, el hombre siembra instintivamente la simiente de lo bello al perseguir la satisfacción de sus necesidades.

La luz, el movimiento, son los grandes órganos de la inmensa naturaleza, sus medios de expresión, su arte. El sonido y la forma son los medios de que se vale la humana inteligencia para cantar, llorar, orar y perpetuarse engendrando lo que causa á la vez admiración, bien y amor: la Belleza.

El instrumento por medio del cual el hombre produce lo bello, es *el arte*, que es *uno* y *distinto* con la unidad y la distinción de la individualidad; mas, para influir en el espíritu, usa diversos lenguajes: poesía, música, arquitectura, pintura, escultura: otras tantas formas albergadoras de ese *quid divinum* que llamamos lo bello y que suscita la emoción del que lo contempla en perfecta armonía con la inspiración del que pudo alojar en

esas formas, como se aloja en el cuerpo el alma, un ideal estético del que pudo merecer el nombre de *artista*.

En vano se buscarán moldes para vaciar lo que se piensa y se siente, porque ni los hay ni pueden existir; la forma será artística con tal que posea un conjunto de cualidades que racionalmente deben ocasionar en el alma la afección singular é incomparable que se ha llamado *emoción estética*, cualidades que una experiencia de centurias ha tornado en *principios*. A ellos hay que atender para juzgar las obras, en ellos verá el artista el cauce que dé lecho al raudal de sus concepciones para que no se precipiten sin ley en mil caídas y en el absurdo de quiméricos juegos.

Cuando un pueblo privilegiado conoce y sabe guardar bien esos principios inmutables del arte, y une á ellos el amor de lo bello y tiene la ciencia práctica de realizar las formas soñadas, entonces merece el título del pueblo artista, de que es ejemplo y prototipo el pueblo heleno.

¿Va el arte de tal manera á la par con la ciencia y con la industria de un pueblo, que mientras mayor sea el progreso de su ciencia y su industria, mayor sea también el de su arte? No: la Grecia de los antiguos y la Francia de nuestros días están en el arte en razón inversa de los adelantos científicos é industriales que respectivamente han poseído: cuando quiere el espléndido Paris ser grande con grandeza artística, va humildemente á pedir consejo á la hoy pobre y ve-

tusta Atenas; á la Atenas que, sin los numerosos establecimientos de instrucción y educación, sin grandes industrias, sin el vapor, sin electricidad y sin la omnipotente palanca de la imprenta, fué la madre fecunda de oradores, poetas, escultores y arquitectos sin rival.

Pudiera creerse que para la vida del arte influye la forma social y política de las naciones; mas hé ahí que la historia nos lo ofrece viviendo en la teocracia egipcia, en las fantásticas repúblicas griegas, bajo el gobierno administrativo romano, bajo las repúblicas oligárquicas ó anárquicas italianas, bajo el yugo feudal de la Edad Media.

Tampoco interviene en la existencia y desarrollo del arte la forma religiosa, pues hubo arte pagano que, con la pureza de sus formas y la sencillez de sus líneas, culminó en el siglo de Pericles; arte cristiano, expresión sincera de la fe, el amor y la esperanza divinos, más brillante que nunca en el siglo XIII, y arte mahometano que lució su fantástica gallardía en la obra de los Alamares.

El arte es, pues, *por sí*, un elemento distinto del modo de ser social, político y religioso de los pueblos, así como de su ciencia y de su industria, si bien *en la forma* es el límpido espejo de toda una civilización.

Entonces, ¿cuáles son las condiciones favorables para el desarrollo del arte? Dos, esencialmente, según la filosofía y según la historia: 1º *Que el pueblo tenga artistas*, esto es, hombres inte-

ligentes é inspirados, nacidos con genio que, después de conocer bien las tradiciones y la técnica del arte, ejecuten sus obras desplegando un libre y espontáneo vuelo. 2º *Que el pueblo no esté corrompido*, es decir, que no tenga ninguna idea ni cuerpo de doctrina preconcebidas que lo desvíen de la clara inteligencia de las leyes de la naturaleza.

Contrayéndonos en especial á la arquitectura, poco agregaremos porque cuanto llevamos dicho le es enteramente aplicable: Siente el espíritu humano necesidad imprescindible de propagar sus ideas, perpetuar sus recuerdos y compartir con los demás sus esperanzas, y sólo puede hacerlo mediante un sonido ó una forma. Pero así como no le bastan la palabra y la gesticulación, sino que tiene que dar á su voz cadencias é inflexiones para que su pensamiento sea vivo y conmovedor, así también no puede contentarse con protejerse del viento, del calor y del frío en las oquedades de los montes ó en chozas formadas con ramas entretejidas, cubiertas de lodo, como las habitaciones del castor; no puede contentarse con que la misma apariencia tenga el albergue del hogar que el sitio de la vida pública, el del llanto que el de la alegría, el de la oración y el del sacrificio. ¿Podrá satisfacerle, para conservar el recuerdo de un acontecimiento, como la muerte de un ser querido, la victoria en defensa de la patria ú otro rasgo de heroísmo, clavar tan sólo una gran piedra en el sitio memorable y

dejarla desafiando el huracán y las tempestades, sin que pueda producir viva emoción su misterioso aspecto?

Es preciso procurarse, ora ahuecando las rocas, ora construyendo con algún material una agrupación de piezas de diversos tamaños según sea el número de las que vayan á habitarlas y el uso á que se quiera destinar; y tanto esta construcción como la piedra que conmemora el suceso, piden una forma adecuada, expresiva, artística, ya sea que se ejecute en el humilde adobe, en el osado hierro, ó en el fastuoso mármol. Si la forma no llena los eternos principios del arte, aunque se ejecute en oro y en marfil, en vez de producir el más sublime de los humanos goces, producirá el sufrimiento y el disgusto que causa la inversión desordenada y el estúpido derroche.

En suma, no basta levantar edificios, es preciso que sean obras de arte, lo que se requiere es Arquitectura. Todos los pueblos se han preocupado por ella, hasta los menos dotados de aptitudes artísticas, como nuestro vecino de más allá del Bravo, que después de construir ciudades sobre ciudades, elevando pisos sobre pisos por obra y gracia del omnipotente dollar, quedóse mirándolas y comprendió que eran monstruosas y tuvo entonces el buen sentido de buscar á la arquitectura donde se encontrase; fué á Francia, sigue yendo y ya comienza á tener arquitectura.

II

Ahora bien ¿tenemos arquitectura en Méjico? Y si la tenemos ¿cómo podemos decir que se ha desarrollado? He aquí el punto capital del presente estudio, pero que no podíamos exponer sin los anteriores preliminares.

¿Hemos de tener por nuestras las llamadas arquitecturas maya, tolteca, azteca ó zapoteca, desarrolladas cuando ni aun existíamos ni como raza, ni como nación? ¿Llamaríamos nuestra la arquitectura importada en la Nueva España por los súbditos de la Corona Real, cuando apenas cuenta la nación 80 años de vida? Puede invocarse que los 55 años de esa vida, por haber sido de guerra civil é internacional, nos excusan de haber tenido poquísimo arte arquitectónico durante ese período; pero la excusa es infundada: la guerra no es enemiga del arte, no puede decirse que el sentimiento bélico sea incompatible con el estético; recordemos si no que los griegos construían sus maravillas de la Acrópolis durante la guerra del Peloponeso; los romanos edificaban sus monumentales obras combatiendo con los bárbaros, y en el siglo que la historia llamó de *hierro*, se elevaron construcciones reputadas como maravillas del arte. Por consiguiente, mal haríamos con tener en cuenta los grandes períodos de la guerra

y de la paz en Méjico, para el estudio de la arquitectura, pues una etapa de sangre fué precisamente para nosotros una de las mejores épocas artísticas. Estudiemos, aunque sea someramente, los diferentes tercios del siglo XIX, los que, en nuestro concepto, marcan divisiones bien definidas en la historia de la arquitectura patria.

En el primer tercio, brilla en el cielo del arte mejicano un ingenio que es gloria nuestra aunque nos la puedan disputar los españoles; ellos le formaron y ejecutó sus obras maestras antes de la independencia; pero nació en Méjico, cuya hermosa naturaleza conmovía su corazón. Don Francisco Eduardo Tres Guerras fué pintor, escultor, poeta, grabador, músico y arquitecto; mas en nada se distinguió tanto como en la arquitectura. En sus manos el renacimiento á la española tuvo una expresión peculiar: agregó elegancia y distinción al carácter serio y monumental de la arquitectura hispana. La obra maestra de Tres Guerras es el Carmen de Celaya, su ciudad natal, y constituye un relicario precioso de sus pinturas y esculturas; hizo también las Teresitas de Querétaro y el Teatro Alarcón de San Luis Potosí.

Al apagarse, en 1833, los fulgores del gran artista que fué la estrella vespertina de la arquitectura bajo el dominio español y el lucero del alba del arte mejicano, ¡oh extraña coincidencia! la arquitectura en Méjico dejó de existir también, como si con la muerte del artista tratase de revestir blanco sudario; y hubiera permanecido co-

mo en un sepulcro por espacio de varios años, á no ser por la venida casual de un arquitecto español, Don Lorenzo Hidalga, quien en 1835 llegó á Méjico y comenzó á relacionarse y á ejecutar algunas construcciones, pues pertenecía á una familia distinguida radicada aquí y fué revelando en breve sus buenas aptitudes. Se había educado en la Academia de San Fernando de Madrid y por algún tiempo estuvo en el taller del gran arquitecto francés M. Labrousse. Fué el Sr. Hidalga el arquitecto de más nombre en casi todo el segundo tercio del siglo, pues superó á Griffon, á Moro, á Neve y á Casarín. Se le encomendó la reconstrucción de la capilla del Señor de Santa Teresa, cuya cúpula había derribado en su totalidad el temblor del año de 45. Fué autor y constructor del Teatro Nacional, sin duda su obra más importante entre las realizadas, pues la de más mérito en nuestro sentir es el proyecto de Penitenciaría ó, mejor dicho, de Cárcel Municipal, premiado en el concurso que abrió la Junta Directiva de Cárceles en el año de 48. Muchas otras construcciones llevó á cabo, como el altar mayor de la Catedral, el mercado del Volador y varias casas particulares. El arquitecto de Santa Anna y después arquitecto del Imperio, fué un hábil dibujante; su arte adolece, sin embargo, de los defectos del estilo español de aquella época, que era la de la decadencia del renacimiento; mas es digno de elogio el interés que tomó aquí por la arquitectura; sostuvo una gran lucha con un medio social ig-

norante en materias de arte. Sus obras inspiraban en el público, aun entre la gente ilustrada, suma desconfianza. En los cimientos del Teatro Nacional le hicieron que presentara sus cálculos ante un jurado que no pudo menos que aprobarlos; y como llamaron la atención el espesor de los muros y las escuadrías de las vigas que había empleado en el teatro, porque no estaban en proporción con los de las casas-fortalezas de los maestros de obras de la época colonial, le vaticinaron una inmediata ruina. Por eso Santa Anna, receloso, hizo que antes del estreno un batallón en marcha fuese ocupando todas las localidades.

La Escuela Nacional de Bellas Artes, que durante el primer tercio del siglo y á raíz de nuestra independencia llegó á sucumbir tras lenta agonía, permaneciendo clausurada dos años, en el segundo tercio tuvo un período de auge, gracias á Santa Anna, y este es uno de los pocos elogios que merece la famosa Alteza Serenísima; pues en plena revolución, por buenos consejos sin duda, decretó en 1843 el envío de pensionados á Europa y que se solicitaran allí artistas que dirigieran los diversos ramos de arquitectura, pintura y escultura. El plan fué verdaderamente salvador: los jóvenes que ganaron la pensión para Europa, mediante un concurso, partieron á Roma y comenzaron á enviar á la Academia dibujos de mérito que fueron sirviendo de modelos; y á los pocos años regresaron á su patria trayendo la antorcha que había de encender el apagado fuego.

Los hermanos Ageas, Don Juan y Don Ramón, fueron de los primeros pensionados, y desde su llegada á Méjico en 1846, se dedicaron con abnegado afán á la enseñanza, determinando una poderosa corriente de renacimiento italiano, vigorizada después por el arquitecto que había de ser timbre de honor nuestro en Europa, á donde había partido pensionado cuando llegaron los Sres. Ageas y que fué á educarse con el mismo maestro de ellos. Me refiero al artista Rodríguez Arangoitia, en cuyos admirables proyectos se ve llevado el renacimiento italiano á todo el esplendor de que era susceptible. El profesor que llegó de Europa á encargarse de la clase de arquitectura fué Don Francisco Javier Cavallari, italiano de origen, pero educado en Alemania. De ahí que tuviera como predilectos los estilos predecesores del ogival: el lombardo y el románico, que tan bien se asimiló su discípulo Ocaranza.

Por desgracia, fué muy á medias benéfico el advenimiento de Cavallari á la Academia, y os ruego, señores, que fijéis en esto vuestra atención. Cavallari introdujo en la parte científica de la enseñanza de la arquitectura materias del todo extrañas á ella: se puso á enseñar "la construcción de caminos comunes y de hierro y la construcción de puentes, canales y demás obras hidráulicas," lo que ocasionó que se expidiera en la Escuela de las Bellas Artes el título de Arquitecto é Ingeniero Civil, y después, abreviando y creando la denominación, el título de *Ingeniero Arquitecto*. ¡He

ahí desvirtuada y fuera de cauce una profesión, falseada la obra grandiosa del ínclito Mangino, creador y fundador de la que llamó Carlos III en 1783 Real Academia de las Nobles Artes! El absurdo tuvo desastrosas consecuencias al empezar el último tercio del siglo; comprendió el Gobierno que sostenía dos escuelas para una misma profesión, la de Bellas Artes y la de Ingenieros (ex-Colegio de Minería), y de una plumada consumó la obra de Cavallari, desmembrando á la Academia en el ramo de arquitectura: se trasladaron los alumnos y se cerraron las clases; desde entonces habían de titularse de Ingenieros Arquitectos aquellos que estudiando en Minería las materias científicas, *excepto las que caracterizan al Ingeniero Civil*, viniesen á la Academia á cursar las mermadas clases que llamaban la parte artística, como si la ciencia y el arte de la arquitectura fuesen susceptibles de separación: El resultado fué que los tales Ingenieros Arquitectos no podían ser en rigor ni lo uno ni lo otro. Por dicha, sólo ocho años escasos duró esta situación anómala; cúpole al insigne ciudadano que ahora dirige nuestros destinos la gloria de haber restaurado é integrado la mutilada escuela, y este es uno de los primeros eslabones de la aurea cadena de sus meritísimos servicios como Jefe de la Nación. El cuerpo de profesores fué acreedor asimismo á pública gratitud por su interés en bien de la Arquitectura, aceptando como hasta ahora un solo sueldo por el desempeño de varias cátedras, á fin de facilitar

la restauración anhelada. Desde 1877, volvió á producir arquitectos el centro artístico que en otras épocas había fecundado el numen de los ingenios mejicanos.

Este último tercio del siglo, que felizmente comprende una época de paz, ha fomentado un gran movimiento constructivo, sobre todo de edificios de carácter privado, casas particulares y almacenes comerciales, lo que se explica porque los particulares han sido los primeros en reportar el provecho. Un estudio comparativo de los planos de la ciudad de Méjico, desde los levantados á principios del siglo hasta el que acaba de publicar el Ayuntamiento, demuestra que la extensión de 984 hectáreas y media que ocupaba la ciudad en aquella época se mantuvo constante durante los años de disturbios y de sangre, pero que en la nueva era de paz y orden ha venido ensanchándose, hasta ocupar ahora 2,522 hectáreas. Este incremento fecundo en consecuencias para los estudios económicos, estadísticos y políticos, sirve tan sólo, desde el punto de vista de la Arquitectura, para lamentar que el progreso haya sido en cantidad y no en calidad, habiéndose desperdiciado brillantes oportunidades de ejecutar obras de arte.

¿Cómo podremos tener en cuenta, tratando del desarrollo arquitectónico de Méjico, esos millares de casas de adobe ó *tepetate* de las colonias de Guerrero, Santa María, San Cosme, San Rafael, despreciables no por la humildad del material,

sino por la presunción é ignorancia con que se han erigido? Hacen alarde sus autores, improvisados arquitectos, de la distribución que llaman pomposamente *moderna* y que no es sino una mezquina copia de las casas anglo-americanas, dándoles un exterior que, por lo malo, obedece al principio arquitectónico de estar en consonancia con el interior; en muchas de estas construcciones se han suprimido casi los cimientos, se ahorran las cadenas horizontales y los amarres en los ángulos, y llega el afán de lucro al grado de que, para evitar desperdicios, se ha procurado que la superficie de los muros sea un múltiplo de la del papel tapiz, y la de los vanos lo sea también de las dimensiones de la madera del comercio. *(Aplausos).* He ahí invertido el orden de las cosas; las necesidades son las que se adaptan á los materiales. ¿Y qué diré de esas decenas de edificios, ensayos también de los arquitectos de birlibirloque, como casi todos los de la nueva colonia cercana al Paseo de la Reforma y tantos otros construídos en la ciudad? Diré que se han erigido á todo costo, con fachadas de chiluca y de mármol para lisonja de sus propietarios y burla de cuantos los contemplan; ésta más duradera que aquélla, pues cuando sus dueños comprenden el error, la satisfacción se les vuelve desencanto. *(Aplausos).*

Sin embargo, para bien de la sociedad y de la arquitectura mejicana, no han estado todas las construcciones bajo la férula de los aficionados;

en este período han podido lucir hasta donde el orden de cosas lo ha permitido, aquellos arquitectos de la buena época de la Escuela de Bellas Artes, ya sea los pensionados á Roma, ó bien los educados por Cavallari y sus inmediatos sucesores.

Entre las construcciones de los Sres. Agea, que no son muchas, pues su obra principal ha sido la enseñanza, citaré el artístico monumento destinado al Cristóbal Colón de Sojo, la casa propiedad de Don Luis Sarre, en que con maestría trataron el carácter mixto de casa habitación y almacén comercial que ella exigía; y, entre las restauraciones, la adición del ábside de la Colegiata de Guadalupe y el patio del Ministerio de Hacienda, así como la construcción de la gran escalera del propio Ministerio.

Don Ramón, el hermano mayor, es uno de nuestros constructores más hábiles, y ocupa la cátedra de la materia tanto en la Escuela de Ingenieros como en la de Bellas Artes.

Don Juan ha enseñado en este último establecimiento la técnica artística de la arquitectura, y es su mejor elogio el que, á pesar de que el arte italiano tiene su predilección, sin los exclusivismos de sus predecesores ha permitido á sus discípulos el estudio y cultura de los estilos de todos los países, de acuerdo con el sistema ecléctico que priva en todas las escuelas europeas contemporáneas. La enseñanza de Don Juan Agea se ha robustecido con la facilidad de importación de li-

bros, monografías, revistas y reproducciones de edificios, y, en general, obras acerca de las múltiples materias que nos pueden tener al tanto de los progresos de la profesión.

Entre los numerosos discípulos de los señores Agea, citaré como uno de los más distinguidos al arquitecto Don Carlos Herrera, por el expresivo aspecto de sus edificios; ha construído ya varias casas particulares y ejecuta ahora el Instituto Médico Nacional.

Pocos años después de la llegada de los hermanos Ageas, Rodríguez Arangoitia, de quien ya hice mención, arribó á su patria después de haber recibido en Francia un premio de Napoleón III, por su grandioso proyecto de una escuela de marina. El arquitecto Rodríguez, dibujante de ejecución vertiginosa y á la par impecable, ha sido copiado por numerosos alumnos con verdadero deleite. Ejecutó en Toluca sus principales obras, tales como el Palacio del Gobierno y la aun no terminada Catedral; en Méjico el Hotel Gillow, las reformas del palacio de Chapultepec y el monumento á los jóvenes héroes del 47. De cualidades semejantes á las de Rodríguez, aunque sin igualarle en finura y corrección de dibujo, pero superándole por la originalidad de concepción, fué el arquitecto Don Francisco Jiménez, de quien basta citar el bello monumento á Cuauhtemoc, una de las preciadas joyas de nuestra arquitectura, porque ella sola es suficiente á inmortalizar su nombre.

Entre los discípulos de Cavallari descuellan los hermanos Hidalgas, D. Eusebio y D. Ignacio, que fueron primero colaboradores de su padre D. Lorenzo. Ejecutaron con él, como edificio más notable, el palacio de Escandón en la Plazuela de Guardiola. Muerto Don Lorenzo, trabajaron juntos y son dignos de todo elogio por el gran almacén que lleva el nombre de Palacio de Hierro, sencillo, bien proporcionado, obra típica cuyo destino está caracterizado á la perfección, y que ostenta con sinceridad su sistema constructivo.

Merece por contraste compararle con el palacio de Boker construído ocho años después y cuyos autores son los arquitectos D. Lemos y Cordes, de Nueva York. No trataron de hacer una obra arquitectónica, sino un bombo comercial. El esqueleto de hierro fué chapeado de piedra y de mármol con tanta afectación como mal gusto en las formas. Al lado de los materiales preciosos está la hoja de lata pintarrajeada en ménsulas y ornatos y en toda la cornisa de coronamiento. Me hace la impresión de un obrero al que se hubiese obligado á ponerse frac y corbata blanca dejando asomar los bordes de su blusa azul y conservando cubierta la cabeza con su cachucha de trabajo. *(Aplausos)*. El atavío carnavalesco le hizo perder todo el carácter; los marchantes, al mirar el edificio, seguirán de frente exclamando: mi dinero es para lo que me hace falta, no para pagar ese lujo superfluo.

En error semejante incurrieron los Sres. Mén-

dez y Serrano, arquitecto el primero y aficionado el segundo, con la joyería de la Esmeralda (1892), á pesar de que se destinó el edificio á la venta de objetos valiosos. El lujo está tan mal entendido que resultó un estuche de mal gusto y sin ningún carácter. Las formas son un contrasentido; tal parece que á un edificio todo de mármol cuyo piso superior se destruyó, le avinieron el de una casa ejecutada en cantería, y después, para ocultar la junta de la unión, colocaron en ella los restos de la cornisa de coronamiento del edificio de mármol primitivo; siguieron los remiendos en la esquina abiselada con la lumbrera que faltaba y cuyo claro taparon con un embarazoso reloj que no se sabía dónde colocar.

Por su importancia material cabría decir algo acerca del "Centro Mercantil," pero es un edificio nada serio y ya se ha hecho de censura popular; consignaré sólo para la historia que el público lo ha bautizado con el apodo de "La Velería."

Discípulo de Don Eleuterio Méndez y émulo de los hermanos Hidalgas en el género de las casas de habitación, el arquitecto Don Emilio Dondé, constructor habilísimo, se ha distinguido por cualidades antitéticas á las de aquéllos. En vez de amar el fasto como el que desplegaron con elegancia los Sres. Hidalgas en el patio de la casa número 9 ½ de Vergara, es siempre sobrio y sencillo en la expresión, lo que junto con la buena disposición de las plantas de sus casas, le ha conquistado merecido renombre. Mas como es tan

fácil exagerar las cualidades de carácter, el señor Dondé ha comunicado á algunas de sus obras cierta frialdad, así como los Sres. Hidalgas no han podido evitar el caer á veces en la afectación.

En la iglesia de San Felipe de Jesús, uno de los pocos edificios religiosos construídos después de la independencia, D. Emilio Dondé se esforzó por llenar el ideal cristiano, empleando en la ciudad por primera vez el arte del siglo XII. Aunque este templo deja que desear en planta, porque los apoyos son tan multiplicados y gruesos que impiden la vista fácil del altar desde las naves laterales, el interior impresiona y es digno de elogio en su conjunto. El exterior, menos feliz por su dureza y su frialdad, presenta cornisas mal dispuestas y un campanario fingido, postizo, que hace perder mucho á la composición.

Otro ejemplar de la arquitectura religiosa en Méjico es la iglesia gótica de Angangueo, cuyo autor es el distinguido arquitecto D. José Rivero y Heras, educado en Francia y que también obtuvo en Méjico su título.

El señor arquitecto D. Antonio Torres Torija, contemporáneo de los hermanos Hidalgas, es el autor del edificio público más importante que se ha construído en este período, la Penitenciaría. Lástima que no fuera el constructor; no habrían pasado ciertamente los desastres de que ha sido víctima ese edificio, de cuya ruina lo ha salvado la pericia del sabio constructor, el arquitecto D. Antonio M. Anza.

Honrará siempre la planta de la Penitenciaría al Sr. Torres Torija, cuyas aptitudes han sido coartadas por el puesto de interés público que desempeña en el Ayuntamiento; por eso, pocas construcciones ha llevado á cabo, empleando su actividad incansable como profesor de mecánica racional y aplicada en la Escuela de Bellas Artes.

En 1879 vino á reforzar las filas de los arquitectos un mejicano cuya familia lo había enviado á Paris á educarse en la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, esto es, en uno de los primeros centros artísticos del mundo. He aquí otro nuevo y poderoso germen que hubiera podido vivificar el arte nacional si el medio se prestara. Laureado en los certámenes de los franceses, compitiendo con ellos en la escuela y después de haber agregado á sus medallas el diploma de arquitecto en Francia, Don Antonio Rivas Mercado llegó á su patria ávido de prestarla sus servicios. Cumplió ante todo con la ley: fué á nuestra Escuela á pedir la revalidación de sus estudios, y después de un examen brillante, recibió el título de arquitecto de Méjico. Muy recién venido, se le encomendaron diversos asuntos, edificios públicos en particular, y puede decirse que hizo proyectos para todos. Pero desgraciadamente, por la penuria del erario, no se pudieron realizar. Ha ejecutado apenas la Aduana de Santiago en Méjico, comenzó á construir una gran casa particular en Peralvillo, y ha hecho varias reformas y

composturas en diversos edificios, siendo la más notable la del Teatro de Guanajuato, en el que corrigió muchos desperfectos y terminó la obra, que poco tardará en inaugurarse. No se ha sabido utilizar las aptitudes de ese arquitecto verdadera honra de nuestro país. En todos los diversos concursos públicos en que ha entrado, ha sido el campeón vencedor. Su arte de maravilloso dibujo es el francés, y creemos que tendrá decidida influencia en nuestra arquitectura, á juzgar por las no pocas obras en que esa influencia se deja ya sentir.

Mas el tiempo prefijado para estas conferencias se me acaba. Por eso tengo que omitir, á pesar mío, otras obras de otros arquitectos muy merecedoras de tomarse en consideración. Hagamos cuanto antes algunas consideraciones analíticas de lo que ha podido ser la arquitectura mejicana.

III

Ciertamente no podemos afirmar que haya habido cuantiosos elementos propicios para el arte arquitectónico, si bien no han faltado algunos por lo menos, y de no escasa importancia. Los españoles nos dejaron un centro artístico y varios edificios que nunca podrán llamarse excelentes modelos, pero que muy bien han servido y servirán, mientras más se les estudie, para la formación del arte nacional. Los diversos

estilos de los edificios de origen español, el de los Moras, Rodríguez y Tolsas, el renacimiento italiano de los Ageas y Rodríguez Arangoitias y el renacimiento francés de los Rivas Mercados (el arte de Cavallari no influyó de un modo considerable), han constituído nuestra arquitectura. Y si á la potencia de acción de esos elementos, agregamos la del conocimiento actual de la arquitectura moderna en todos los países y el más perfecto de las arquitecturas clásicas, no hay duda que, en cuanto á este género de recursos, no nos podemos quejar los que cultivamos el arte de la *poesía* en la piedra.

La primera condición asentada en nuestros preliminares para el desarrollo de la arquitectura, ha podido satisfacerse, puesto que hemos tenido artistas; mas la segunda condición esencial no se ha verificado, puesto que han existido preocupaciones é ideas perturbadoras del orden natural de las cosas; y dado que las dos condiciones deben satisfacerse simultáneamente para que el arte tenga vida, es inconcuso deducir que la arquitectura mejicana, al nacer, se ha estremecido en agonías mortales.

¿De qué sirvieron los Tres Guerras del primer tercio del siglo, si había el prejuicio de que era ocioso ocuparse en el arte en medio de las luchas y las desgracias civiles? Creíase que era menester atender antes á otros ramos de cultura de más interés; el arte era lo superfluo; y en último caso, se decía, su progreso vendrá después *naturalmen-*

te, como consecuencia de los demás adelantos, siendo así que *el arte es una necesidad y una individualidad por esencia independiente.*

En el segundo tercio hubo Hidalgas y, como esas ideas preconcebidas se habían moderado, pues sin que cesaran las tormentas políticas se impartió protección al arte, pudieron brotar algunas flores de sus agostadas ramas; hubo algunos edificios y aumentó el número de artistas. El logro de la primera condición había sobrepujado á la segunda, al principiar el último tercio del siglo; no había pocos artistas y débil era el aprecio que se hacía de ellos, pero de improviso reaparecen las preocupaciones y con más exagerada vehemencia; se levantaron como una inmensa ola que envolvió el arte por algún tiempo hasta que la mano de un clarividente guerrero lo salvó. Sin embargo, aun quedan los vestigios del naufragio, y por eso en esta ocasión venturosa es un deber nuestro mostraros sus estragos, así como los infalibles recursos que han de remediarlos. Concedednos todavía vuestra atención por breves instantes.

¿Por qué se han elevado y aun se elevan en Méjico, no obstante que hay artistas que han comprobado sus aptitudes, tantos edificios de mayor ó de menor importancia material, pero de ninguna significación artística, empleando esta palabra en el sentido privativo de la arquitectura, esto es, edificios verdaderamente útiles y verdaderamente bellos? Por los prejuicios que todavía existen,

originados por la confusión que produjo el extravagante título mixto de *Ingeniero Arquitecto*, título que data de 1869 y que fué suprimido desde 1877, pero cuyas malas consecuencias no acaban de desaparecer. Hay en el público, y aun en el público ilustrado, personas que no prestan la debida atención á lo que es la arquitectura en sí misma y del género de conocimientos y de educación que requiere el arquitecto. ¡Cuántos hay que creen que la arquitectura es una voz sinónima de ingeniería! ¡Cuántos que creen que la arquitectura es como la mecánica, la minería, los medios de transporte, etc., es decir, una rama de la ingeniería civil! ¡Y cuántos, en fin, llegan á asegurar que es ella como la artillería, una rama de la ingeniería militar!

No sabremos decir cuál de los tres errores es más grotesco. Haríamos una injuria á vuestra sabiduría, señores, si nos detuviéramos á refutarlos, pues basta comparar la etimología de las dos palabras para hallar la diferencia entre arquitecto é ingeniero, y recordar, quedando con esto destruído también el segundo y el tercer error, que la ingeniería, civil ó militar, no puede tener por rama á la arquitectura, porque ésta no proviene de aquélla. Desde los más remotos tiempos aparecen el arquitecto ó jefe de los constructores y el ingeniero ó inventor y hacedor de ingenios ó máquinas. El arquitecto, como constructor, tenía á su cargo los buques y las obras hidráulicas, además de los edificios de los diversos géneros, entre

los que estaban las fortalezas; de ahí que entre las especies de arquitectura estuviesen la arquitectura militar, la arquitectura naval y la arquitectura hidráulica. Con los adelantos de estos últimos conocimientos antes tan embrionarios, fueron adquiriendo tal importancia que se segregaron de la arquitectura y formaron profesiones especiales. Como las ciencias que en ellas intervienen son las mismas ó afines de las que fueron haciendo progresar al constructor de ingenios, en este siglo precisamente, siglo de las especialidades, se ha designado á estas profesiones con un nombre especial que sigue al colectivo para recordar su afinidad, y así se dice, en todas partes del mundo y en todos los idiomas: Ingeniero civil, ó sea el de caminos, puentes y canales; Ingeniero minero, Ingeniero mecánico, Ingeniero electricista, etc., é Ingeniero militar é Ingeniero naval.

De suerte que más bien se podrá decir que la ingeniería militar ó la naval son ramas de la arquitectura; y por lo que respecta á la hidráulica, ahora incluída en la ingeniería civil y en la agronomía, podrá llamarse también rama de la misma arquitectura; pero en ningún caso que ésta sea rama de ninguna de las ingenierías. Desde el punto de vista científico, la arquitectura y la ingeniería son dos hermanas, porque proceden de un mismo tronco, las matemáticas, que á ambas les sirven de sólido fundamento; pero desde el punto de vista artístico, son dos entidades totalmente diversas, puesto que la belleza constituye

la esencia de la arquitectura como arte liberal. Extraviado el público ha llamado para la ejecución de las obras arquitectónicas indistintamente al arquitecto ó al ingeniero, bien fuese éste artillero, geógrafo ó electricista; ha creído que todo es lo mismo, y aun no desaparece tan monstruosa equivocación. ¿Cuál es la causa? Que las medianías en cada una de estas profesiones, inclusive la de la arquitectura, trabajan por mantener turbia la atmósfera para *dragonear*, como familiarmente se dice, en lo que primero se presente. ¿Qué les importa abandonar los estudios á que han dedicado toda su juventud? ¿Qué les importa ser la rémora para el adelantamiento de sus respectivas profesiones y aun desprestigiarlas? Levantamos la voz ahora, en nombre de la razón, para pedir que cese este mutuo perjuicio y universal ridículo. ¿Qué será de nuestra ciencia de la guerra si los militares facultativos se entretienen en construir palacios y decorar salones ó trazar ferrocarriles? *(Aplausos)*. ¿Quiénes resolverán los problemas de ingeniería civil, minera, agrícola, etc., de que puede decirse está erizado nuestro territorio, si las energías que debieran emplear en asuntos tan vastos se gastan en la arquitectura?

Ciframos nuestra esperanza en los hombres verdaderamente sabios de cada una de las aludidas profesiones y confiamos en que trabajarán porque cese esta situación. Es un mal gravísimo para la arquitectura que los arquitectos la descuiden.

Diariamente avanzan las ciencias que en ella intervienen y aumentan las comodidades y las necesidades. El arquitecto tiene que saber más cada día para cumplir con su misión.

Precisa formar en el público el buen gusto, el amor á las artes, lograr que se desvanezcan los prejuicios y los errores. ¿Quién podrá alcanzarlo? Sin duda que antes que nadie los mismos artistas; dejémonos los arquitectos de lamentarnos del público y quedarnos de brazos cruzados en tanto que el público se lamenta de nuestra inacción. Mientras dure este vicioso círculo será el arte el que pierde. ¿Nos disgusta, compañeros, que hombres de otra profesión ó sin ninguna, invadan la nuestra? Excusémosles; es explicable que un arte bello tenga aficionados. ¿Quién no intenta á veces cantar ó rimar versos? Cierto que esto produce un mal que dura lo que el tiempo empleado en hacerlo, mas el mal que produce un edificio ejecutado puede decirse que es eterno; así que para remediar la situación no busquemos la fuerza, sino el derecho; opongamos á la ignorancia, la ciencia; á la osadía, las aptitudes; hablemos, escribamos, tengamos por lema esa última palabra de Septimio Severo: "*¡Laboremus!*" Ahí está el supremo remedio, el gran secreto del progreso de la arquitectura para bien de la sociedad y de la patria. A nuestros esfuerzos se unirán, no lo dudéis, los esfuerzos de los hombres bajo cuya responsabilidad está la suerte de la República. El Gobierno se preocupará más y más por la educación ar-

tística; él sabe que con la vulgarización del dibujo en todas las clases sociales siembra una riqueza, hace progresar todas las industrias y despierta y forma el buen gusto; traerá á la Escuela de Bellas Artes en pos de la renovación material recientemente decretada, la continua renovación intelectual, restableciendo el envío de pensionados á Europa. Al mismo tiempo serán los arquitectos que este mismo Gobierno conocedor de las leyes sociales, haya creado, quienes erigirán los monumentos públicos. Hay que legar á la época próxima venidera un testimonio eterno del actual período glorioso de nuestra historia y el arte es quien sólo puede hacerlo. Las obras puramente materiales se transforman y desaparecen. La Arquitectura, no; es carácter suyo lo imperecedero; aunque inerte y muda, sella en su forma, su esencia, la fisonomía y las cualidades del país en que vive; es materia, pero que encarna un pensamiento; insensible, pero hace sentir; inconmovible, pero conmueve. ¡A los artistas toca realizar prodigio tan grande y apurar su inspiración en estos venturosos días; los arquitectos están llamados á ser los rapsodas de la paz bendita, y sus cánticos en piedra serán escuchados por las futuras generaciones!—He dicho.—*(Prolongados aplausos.)*





